

PANORÁMICA REGIONAL: ÁFRICA

Greg Ruiters

África suele ser presentada como una causa perdida: condenada por la geografía (con el desierto más grande del mundo y un sinfín de variedades de insectos y enfermedades mortales), la topografía (con valles profundos pero pocos ríos navegables) y demasiados recursos que invitan a los depredadores y fomentan conflictos (petróleo, diamantes). El trato que recibió el continente a manos de los brutales comerciantes de esclavos europeos no tiene parangón en la Historia (Rodney 1975). Las guerras de desposesión convirtieron a los africanos en refugiados; hasta los años sesenta, los belgas, los portugueses y el régimen sudafricano de minoría blanca practicaron el trabajo forzoso de forma generalizada. En los años noventa, la mayoría de la población africana estaba compuesta por campesinos y trabajadores agrícolas; África tenía además la mitad de las personas refugiadas y desplazadas del mundo; los pagos externos de la deuda sobrepasaban el total de flujos de recursos que entraban en el continente (Cheru 1994, 61). Se dice que África es un continente 'trágico', donde los africanos mueren de VIH/SIDA o se masacran entre sí. A pesar de recibir una considerable ayuda exterior del 'generoso' Occidente, África demuestra pocos avances frente a la esplendidez de sus antiguos torturadores (para esta perspectiva, véase, por ejemplo, Guest 2004)

Muchos académicos desdeñan al Estado africano poscolonial por ser disfuncional y criminal, criticándolo, al mismo tiempo, de ser débil y carecer de capacidad para planificar y aplicar políticas básicas (Mkandawire 2005). En paralelo a la relativa ausencia del Estado, han surgido donantes, ONG e iglesias que son proclamadas como una alternativa de la sociedad civil. En el sector de la salud, por ejemplo, los hospitales de las misiones son muchas veces el único servicio fiable existente; en el del agua, las ONG han colaborado en la instalación de sistemas hídricos rurales y, en el eléctrico, aquellos que se lo pueden permitir se compran sus propios generadores (Cheru 1994, Olukoju 2004). Los ricos recurren a servicios privatizados, mientras que los pobres dependen de proveedores informales privados o –si son lo bastante afortunados como para poder acceder a ellos– de

servicios estatales deficientes, y los campesinos eluden al Estado, “al que ven como su enemigo número uno” (Cheru 1994, 64). Los que abogan por que se amplíe el sector privado en la atención a la salud sostienen que aquellos que se lo puedan permitir deberían pagar por ese servicio en el ámbito privado y que los gobiernos deberían contratar a proveedores privados para servir a aquellos que carezcan de medios. Esta idea se promueve como una cuestión de sentido común. En África, sin embargo, el término sector ‘privado’ puede ser engañoso, ya que incluye a un gran número de pequeños proveedores de servicios informales (vendedores de agua, pequeños comercios caseros o *spaza shops*) y a corporaciones privadas y organizaciones confesionales que no entran en la administración estatal/pública. Aquellos que están intentando reformar el Estado a través de códigos de conducta para la administración pública y recompensas por la buena gobernanza lo están haciendo “para poner freno a las profundas luchas y transformaciones que están teniendo lugar en África” (Zeleza 1997, 125).

Los servicios urbanos en las ciudades africanas se planifican y mantienen de forma precaria, y se ven comprometidos por lo que se consideran ciudades desorganizadas en ‘modo de crisis’ permanente (Gandy 2006). En lo que resultaría una profecía inevitable, y en parte para garantizar que la ‘alternativa’ del sector privado fuera hegemónica, en los años ochenta el Banco Mundial insistió en que se redujera el número de trabajadores y programas del sector público, de forma que el Estado fuera más eficiente y los servicios fueran gestionados por el sector privado. Tras el proceso de repliegue estatal, siguiendo órdenes de las instituciones financieras internacionales (IFI), el extremo de ‘desorden’ hallando en ciudades como Lagos es un tremendo impedimento (Gandy 2006, 252), pero otros académicos ven la ‘ciudad de autoservicio’ como una virtud y como una ‘alternativa’ (Simone 2006). Pero dado que el agua, los alimentos y la energía son ‘trabajo de mujeres’, éstas son las que sostienen la carga de los problemas infraestructurales a los que se enfrentan las ciudades y los pueblos de África (Schytler y Zhou, 1995). Sea cual sea la perspectiva, el ‘problema’ se ve exacerbado por la mayor oleada de urbanización de la historia humana, con millones de personas que se trasladan a ciudades que ya tienen una “infraestructura totalmente desbordada” (UN Habitat 2003; Davis 2006). Las zonas rurales, mientras tanto, se han dejado languidecer, mientras la idea de la planificación nacional por parte del Estado pasaba a segunda fila durante los últimos veinte años de programas de ajuste estructural.

La situación empeora a la par que muchos académicos sostienen que no sólo es disfuncional el Estado, sino también la ‘sociedad’. La ‘escuela de la sociedad-Estado’ (Chazan 1988) afirma que las sociedades africanas están asoladas por el clientelismo, que tiene fuertes ‘raíces sociales’, dando a entender que el estilo europeo de normas burocráticas racionales-legales para la administración no son aplicables en África. Para Chabal y Daloz (1999, 243), los sistemas políticos ‘neopatrimoniales’ arraigados en el continente no dependen del desarrollo en el sentido occidental, y las elites encuentran formas de traducir el desorden social en recursos que “apuntalan la lealtad de sus redes clientelares”. Otra versión de esta

perspectiva es que, para empezar, los africanos no buscaban desarrollo, que fue una idea eurocéntrica de la industria del desarrollo; se trataría, pues, del desarrollismo inventado por Occidente (véase Sachs 1992) y utilizado por las elites para empujar a las masas hacia una senda condenada al fracaso.

Con este tipo de 'afropesimismo', nada positivo podía suceder en el continente (Mamdani 1996, Arrighi 2002). Como apunta Zeleza (1997, 127), "el afropesimismo representaba un bloqueo discursivo en contra de las concepciones de distintos futuros para África fuera de las prescripciones del desarrollismo neoliberal hegemónico".

Y a pesar de ello, hay contranarrativas. Una de ellas, formulada por instituciones neoliberales como el Banco Mundial, presenta a África como la nueva frontera de inversión, preparada para el 'despegue' económico en el siglo XXI: un continente lleno de 'empresarios' que están esperando la llegada de fondos e infraestructuras para poder construir una economía sólida 'de pequeñas y medianas empresas'. Sumando a esto una gran riqueza de recursos naturales y numerosas iniciativas para promover la 'buena gobernanza', el continente es visto como una (posible) historia de éxito para el gran y pequeño capital por primera vez en décadas.

No obstante, hay aquellos que se toman el 'desarrollo' seriamente, e insisten en que cuestiones como la equidad, la sociedad civil y los derechos humanos, el género y la identidad se incorporen en las críticas de las formas coloniales de desarrollo y las versiones eurocéntricas de progreso. También inciden en que no podemos entender el desarrollo desigual en África sin una panorámica general de las distintas regiones y del desarrollo y las turbulencias mundiales en los últimos cincuenta años (Arrighi 2002, Mkandawire 2005).

Y hay aún otra narrativa, igualmente positiva que, desde una visión antineoliberal y centrada en las personas, propone una serie de 'alternativas' apropiadas que son tanto locales como internacionales, que entrañan democratizar el Estado y promover la participación popular en el suministro de servicios y que son capaces, además de atraer la solidaridad y aprender lecciones de otros lugares. Esta línea es la adoptada por numerosas ONG que se oponen a la privatización de la sanidad y el agua.

Aunque los obstáculos siguen siendo considerables, están surgiendo nuevas oportunidades. En los años sesenta y principios de los setenta, se alcanzó un notable avance en la salud, el agua y la energía, sostenido por un crecimiento económico basado en los ingresos generados por las exportaciones. Con la crisis del petróleo de mediados de los años setenta, esta situación cambió de forma espectacular. El deterioro de las condiciones comerciales fue dramático y las ganancias cayeron de los 90.000 a los 50.000 millones de dólares sólo entre 1980 y 1986. Las dos décadas que transcurrieron entre 1980 y 2000 presenciaron un aumento de la proporción entre el PIB y la deuda, que pasó del 23 al 66 por ciento. Así, la década de los ochenta fue bautizada como 'la década perdida', años en que la deuda externa no cesó de aumentar mientras se instaba a los gobiernos a privatizar

servicios y recortar el gasto social en el marco de programas de ajuste estructural. África se vio efectivamente marginada, con las inversiones que se agotaban y los bancos extranjeros que exigían el pago de los préstamos. A pesar de contar con el 10 por ciento de la población mundial en 1996, el continente sólo generaba el 3 por ciento del comercio mundial.

En este contexto, la necesidad objetiva de alternativas se hizo manifiesta en los años noventa, con el fracaso generalizado del modelo neoliberal. Empezó a abrirse paso una nueva generación de dirigentes que no estaba contagiada por el nacionalismo miope. Impulsados por la sociedad civil y la democracia ‘de tercera ola’, estos dirigentes abrazaron con entusiasmo la privatización, no respetaron fronteras y se involucraron en guerras transfronterizas. Durante este período, se destacaron por este tipo de conducta Museveni en Uganda, Kagame en Rwanda y Zenawi en Etiopía (Mkandawire 2005, 14).

Al plantear ‘alternativas a la privatización’, por lo tanto, no podemos ignorar la singularidad del lugar que ocupa África en la economía mundial y su importancia internacional, que ha ido cambiando desde el período de la guerra fría hasta pasados los años noventa. Durante la guerra fría, la Unión Soviética y Cuba desempeñaron un papel clave en el continente. A partir de los años noventa, sin embargo, los recursos de África han cobrado mayor relevancia para lo que se conoce como grupo BRIC de países (Brasil, Rusia, India y China). El comercio de China con África se ha multiplicado por diez y Pekín busca asegurarse el suministro de petróleo y minerales del continente. Esta nueva ‘carrera’ por los recursos, no obstante, es distinta de otras versiones. En 2000, por ejemplo, China renunció voluntariamente a 1.200 millones de dólares de deuda soberana africana (*The Economist*, 3 de noviembre de 2006). Tal como señala Arrighi (2009, 207), China invierte allí donde no lo hace ninguna potencia occidental y ofrece ayuda al desarrollo sin vinculaciones. Aún así, la casi total falta de comercio intraafricano entre países –que en la actualidad se sitúa por debajo del 5 por ciento– sigue siendo una característica inquietante de estas economías aún extrovertidas.

Además, tras la liberación de Sudáfrica en 1994, las empresas sudafricanas ‘recolonizaron’ el resto del continente, invocando el ‘Renacimiento africano’ de Thabo Mbeki (Miller 2005). A principios de la década de 2000, Sudáfrica era responsable de más del 40 por ciento de nuevas inversiones en el continente, colocándose a la cabeza por delante de Estados Unidos y el Reino Unido, aunque China también se ha convertido en una gran fuerza inversora y es ahora un competidor clave en materia de comercio e inversiones. Sudáfrica, además, domina la Comunidad de África Meridional para el Desarrollo (SADC), que representa el 71 por ciento del PIB regional y los inversores extranjeros ven Sudáfrica como un canal para entrar en la región.

Pero África se debe ver en sus propios términos, no como un continente que está intentando imitar o alcanzar a otros que se encuentran en un ‘nivel superior de desarrollo’. El despliegue de megaproyectos (represas, estadios, hoteles de lujo) ha resultado ser un desastre para la justicia social y el desarrollo centrado en las

personas (Cheru, 1990, 61). En nuestro análisis sobre las ‘alternativas’ africanas, por lo tanto, seguimos la lectura de Mamdani (1996) y rechazamos las comparaciones ahistóricas y teleológicas con el resto del mundo. Pero singularizar África como una región totalmente excepcional entraña cometer el error contrario, donde las solidaridades y las similitudes entre África y otros lugares del Sur Global se borran y las diferencias se idolatran. Los africanos forman parte integral de la economía, las migraciones por razones laborales y la cultura del mundo (a menudo de forma involuntaria y a veces por deseo propio).

Por otro lado, África, como ‘participante tardío’, tiene la posibilidad de aprender de los errores de los demás. Los estados africanos también pueden aprender entre sí y del pasado del continente. También debemos aspirar a abrir el espacio imaginativo para incorporar los puntos fuertes del pasado (especialmente los valores desarrollados en la vida comunitaria precolonial).

La cuestión de la escala es también vital. Aunque no podemos eludir la soberanía de los 54 estados del continente, en ocasiones es mejor organizar los recursos regionalmente. La salud, el agua y la energía pueden ser procesos transfronterizos. A pesar de ello, en muchos casos, también pueden ser apropiados proyectos de pequeña escala. El sesgo urbano de los proyectos de desarrollo y de las elites tiende a ignorar a los campesinos y pequeños agricultores a favor de bienes de lujo y cultivos comerciales para la exportación (Cheru 1994). Además, al reivindicar y reconstruir estados responsables, una cooperación imaginativa Sur-Sur en la línea de un ‘nuevo Bandung’ puede modificar radicalmente las perspectivas de desarrollo (Arrighi 2009).

Al ir construyendo alternativas de forma dialógica –desde abajo, arriba y regionalmente– irán surgiendo alternativas mejores. A los trabajadores y profesionales de primera línea comprometidos con una vocación comunitaria se les debería otorgar todo el respeto local y nacional. Los conceptos de intereses públicos y nacionales, servicios públicos y solidaridad se deberían poner en práctica en todos los ámbitos (no sólo los locales).

En principio son los africanos –no los europeos ni los chinos– los que deben desarrollar África, aunque la solidaridad y las recomendaciones deben ser bienvenidos (Onimode 1994, 163). La autoconfianza y la diversificación se deben fomentar como soluciones a la dependencia del exterior. Finalmente, aunque admitamos errores en los estados africanos en comparación con los asiáticos, se debe aceptar que las elites y los movimientos sociales africanos promovieron el desarrollo como un ideal (Nyerere 1990, 4). Y reconocer esto representa un importante punto de partida para el planteamiento más detallado de alternativas.

Referencias

- Arrighi, G. 2002. “The African Crisis: world systemic and regional aspects”, *New Left Review*, II/15.
- Arrighi, G. 2009. “The winding paths of capital: Interviews with David Harvey”, *New Left Review* 56: 61-94.

- Chabal, P. y J. Daloz. 1999. *Africa works: Disorder as a political instrument*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Chazan, N. 1998. "State and Society in Africa, Images and challenges", en D. Rothchild y N. Chazan (eds) *The precarious balance, State and society in Africa*. Boulder, CO: Westview.
- Cheru, F. 1994. "Renewing and restoring democracy in Africa", en S. Coetzee, B. Turok y E. Beukes (eds) *Transition to democracy, breaking out of apartheid*. Johannesburg: Institute for African Alternatives (IFAA).
- Davis, M. 2006. *Planet of Slums*. Nueva York: Verso.
- Gandy, M. 2006. "Planning, Anti-Planning and the Infrastructure Crisis Facing Metropolitan Lagos", en M. Murray y G. Myers (eds) *Cities in Contemporary Africa*. Nueva York: Palgrave.
- Guest, R. 2004. *The Shackled Continent, Africa's past present and future*. Londres: Mamdani, M. 1996. *Citizen and Subject*. Princeton: Princeton University Press.
- Mkandawire, P. T. 2006. *African Intellectuals*. Dakar: Codesria.
- Miller, D. 2005. "New Regional Imaginaries in post-apartheid Southern Africa. Retail workers at a mall in Zambia", *Journal of Southern African Studies* 31(19): 67-72.
- Olukoju, A. 2004. "Never Expect Power Always: Electricity consumers' response to monopoly, corruption and insufficient services in Nigeria", *African Affairs* 103: 51-71.
- Onimode, B. 1994. "African perspectives on adjustment strategies and alternative development strategies", en S. Coetzee, B. Turok y E. Beukes (eds) *Transition to democracy, breaking out of apartheid*. Johannesburg: Institute for African Alternatives (IFAA).
- Rodney, W. 1972. *How Europe Underdeveloped Africa*. Dar Salaam: Tanzania Publishing House.
- Sachs, W. 1992. *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*. Londres: Zed Books.
- Schlyter, A. y A. Zhou. 1995. *Gendered Research on urbanisation, planning, housing and everyday life*. Harare: Zimbabwe Women's Resource Centre.
- Simone, M. 2005. *Urban Africa, changing contours of survival in the city*. Dakar: Codesria.
- The Economist. 2006. "China in Africa: Never too late to scramble", *The Economist*, 26 de octubre.
- UN Habitat. 2003. *The challenge of slums: global report on human settlements*. Londres: Earthscan Publications.
- Zezeza, P. 1997. *Manufacturing African Studies and Crises*. Dakar: Codesria.